

La narrativa del oriente occidentalizado Entre Pamuk y Alameddine

Carlos Martínez Assad

Una de las literaturas menos conocidas y más ricas de nuestro tiempo se encuentra sin duda en Medio Oriente. Carlos Martínez Assad —autor de libros como La Patria en el Paseo de la Reforma y Memoria del Líbano, entre otros— recorre su vasta geografía y su inusitada diversidad, casi desconocida en nuestra lengua.

... un hombre no tiene un alma para él solo, sino un trozo de una muy grande... Entonces yo estaré allí, en la oscuridad. Entonces yo estaré en todas partes. En cualquier lugar donde mires.

John Steinbeck
Las uvas de la ira

Desde la novela *Jadsi-Murat* de León Tolstoi el Oriente cercano quiere abrirse paso en Occidente a través de la literatura. Para el escritor ruso no había tanto problema porque su geografía personal lo situaba en un observatorio excepcional por encontrarse entre Europa y Asia; desde allí podía ver el Oriente y el Occidente. Lo mismo sucede ahora con los turcos, para quienes la ubicación les permite ver no sólo hacia dos continentes sino hacia dos mundos o incluso dos civilizaciones si se acepta que el rasgo principal de Occidente es el cristianismo y el Islam el del Oriente cercano. Aunque no hay que engañarse porque en esos ámbitos también hay fuertes diferencias. El kurdo Yasar Kemal, con una obra sin igual expuesta en sus tres novelas de la saga de *El halcón* comprometida con la causa social y política que enarbola, no ha logrado tener el reconocimiento que alcanzó el también turco Orhan Pamuk, con una narrativa con éxito

inusitado al obtener el Premio de la Paz de los libreros en Frankfurt en 2005 y el Nobel de Literatura en 2006. Quizás, a diferencia de su coterráneo, ve más hacia el Occidente o lo entiende mejor.

Con certeza en la decisión para que el máximo reconocimiento en las letras internacionales le fuera concedido a Pamuk, no estaban sólo sus tan bellas como inteligentes novelas *Mi nombre es rojo*, *El libro negro* y *Nieve*. Su obra fue considerada por el jurado como la de un novelista que enlaza a la Turquía musulmana con Europa. Justo su más reciente novela, *El museo de la inocencia*, inicia con una idea muy internalizada entre los europeos como es la de la felicidad. El cine de Resnais, por ejemplo, ha insistido en el encuentro memorioso del día más feliz de la vida, cuando ha pasado y nadie lo puede detener. Y, por lo demás, el nombre del novelista recorrió Europa, previamente a su fama literaria, al desafiar al régimen turco y al reconocer el holocausto cometido contra los armenios, causa “políticamente correcta”, pero inconveniente en Turquía y plausible para algunos países europeos que esgrimen el hecho histórico como un elemento más para contener el ingreso de ese país a la Unión Europea.

Tanto Yasar Kemal como Ismail Kadaré, de Albania, fueron superados por el más joven Pamuk en cuanto a la certificación internacional. Y de la misma forma que sus coterráneos turcos, el escritor albano en sus novelas *El general del ejército muerto* y *El nicho de la vergüenza*, no sólo demuestra ser un gran escritor sino la expresión viva de la conciencia que llamó la atención sobre la barbarie haciendo la alegoría de la represión del poder totalitario de la literatura del realismo socialista y no perdió oportunidad de atacar la insensatez, las debilidades y los excesos del sistema comunista albano. Usó los mismos tópicos en su discurso excepcional al recibir el Premio Príncipe de Asturias 2009.

El Imperio Otomano primero y la actual Turquía aparecen ahora indisolublemente vinculados con la literatura de tradición árabe musulmana que regresa a la historia y así conquista Occidente. Pamuk, Kemal y Kadaré son musulmanes que han escrito en sus respectivas lenguas de origen. No sucede así entre los escritores cristianos que proceden de esa gran región que llegó a contener, además de los Balcanes, a Kurdistán, a Siria y a Líbano.

Este país ha sido piedra de toque en esa nueva literatura que muestra la larga tradición y su figura señera es Amin Maalouf. El escritor libanés más leído recupera con su impacto internacional una hazaña que lo acerca a su coterráneo Gibrán Khalil Gibrán, quien logró lectores en todo el mundo usando el inglés desde que escribió *El profeta*, quizá su obra más difundida, aunque previamente estuvo vinculado al renacimiento de la lengua árabe. A través del uso de la lengua francesa Maalouf ha alcanzado la popularidad dando a conocer novelas entrañables como *León el africano*, *Samarcanda*, *La roca*

de Tanios, *El viaje de Baldasarre*, y logra implantar su literatura en Occidente con el uso del francés que le hizo recibir el prestigiado premio Goncourt de 1993, concedido sólo a novelas escritas en esa lengua.

Ahora ya no es más vigente aquel dicho antiguo de esa región del mundo: “Los libros se escriben en Egipto, se imprimen en Bagdad y se leen en Líbano”, porque los nativos con gran interés en su cultura tienen que escribir en francés como Maalouf o en inglés como Rabih Alameddine, un libanés —probablemente druso— transterrado a Estados Unidos que ha logrado impactar el mundo literario con *The Hakawati* o *El contador de historias*, novela publicada en 2008. Por lo demás, coincidió con la edición en español en ese mismo año de *El lado oscuro del amor*, la también exitosa novela del sirio Rafik Schami, con la particularidad de haberla escrito en alemán, debido a su exilio en Alemania. Los tres debieron salir de la región durante los años de la guerra en Líbano que duró de 1975 a 1993.

No deja de ser una coincidencia a señalar que quienes están divulgando más la cultura vinculada a la rica y larga tradición histórica del Medio Oriente no utilizan la lengua árabe, aunque sí su pensamiento, para expresar las emociones de esa parte del mundo. También recurren a una forma literaria que hace suponer cercana a la del inacabable relato de *Las mil y una noches*, escrita en árabe con adiciones del farsi y de otras lenguas de la región.

Schami asumió el reto de esa gran tradición literaria con sus novelas *Viaje entre la noche y la mañana* y *Narradores de la noche*, en las que recurre a los relatos cortos que van hilvanando muchas historias para llegar con madurez a realizar el enorme fresco de la vida de un siglo

© Carlos Martínez Assad



Palmira en el desierto



© Carlos Martínez Assad

El Beirut moderno

en la ciudad de Damasco. Entrelazando la historia de dos familias rivales: la del clan Mushtak y la del clan Shahin, divididas por enconadas disputas religiosas y políticas. Ni siquiera se trata de la oposición entre musulmanes y cristianos, sino entre dos ritos del cristianismo oriental.

Multitud de personajes que el novelista va delineando con enorme cuidado van conduciendo al lector por un mar de historias que permiten entender la complejidad que se vive en el interior de esos países, del que Siria resulta ejemplar. Parte del diseño impuesto por la recomposición imperialista del mundo después de la Primera Guerra Mundial, descubre el mosaico multicolor de la región y su cimiento está probablemente cuando explica en *Narradores de la noche* que su relato acontece en Damasco pero podría ocurrir “en cualquier lugar y en cualquier época”. Inicia con un cochero que se ha quedado mudo en la tradición de los *hakawati*, los contadores populares de historias que van por los caminos de esa abigarrada forma narrativa.

Es en ellos en quienes fundamenta Rabih Alameddine su novela *El contador de historias*. Leyendas, tradiciones, hechos, cuentos, discursos van engarzándose para llegar a dominar el paisaje, sus personajes, pero difícilmente una historia porque son muchas las que se cuentan y van superponiéndose. Había-una-vez alguien-que-contaba-la-historia-de-lo-que-otro-le-contó-había-sucedido-a-un-conocido-cuando-se-encontró-una-persona-que-le-narró-la-historia-que-había-escuchado-de-quien-había-tenido-un-sueño...

Y, por supuesto, al despertar había que continuar con la historia en la que se había detenido. El autor no puede

escapar a la tradición de esa tierra densa por las historias que combinan lo religioso con lo étnico, lo social con lo político y la densidad histórica con su cultura, para confrontar con lo que acontece en el nuevo continente, en la América a la que muchos de sus antepasados quisieron emigrar. La ciudad de Los Ángeles irrumpe poco a poco en el relato cuando va cambiando generacionalmente el narrador, hasta que con fuerza irrumpe esa gran ciudad cuando se da a conocer la muerte de Elvis Presley y enfrentar a Osama con los problemas aduanales al llegar a Estados Unidos por primera vez, con el gran cambio de valores que significa el traslado desde su lejana tierra hasta América. En la cabeza, el agobio de los últimos días en Beirut, luego del estallido de la guerra, revienta cuando debe responder con sarcasmo a la pregunta de la identidad juvenil:

—¿Qué hacía los viernes por la noche en Beirut?

—Ponía bombas, disparaba a transeúntes desde los balcones, esa clase de cosas.

El presente ha trasladado al personaje al nuevo continente, pero en la narración el pasado se funde con el tiempo que transcurre, gracias a los subterfugios del contador de historias homenajeado en el título que finalmente no hace sino recuperar una tradición que todos los libaneses —gentilicio que debiera extenderse a los árabes, musulmanes y cristianos— conocen; aun cuando lo más difícil es escribir esas historias que dan sentido a una historia interminable. La nueva tierra, como lo demuestra el personaje y lo confirma el autor, no elimina el

pasado que le hace recurrir constantemente a esas historias como lo aprendió del abuelo. Así continúa desarrollándose la historia de Fátima, con la que inicia la novela, ahora con sus dos hijos: Schams y Layl, el sol y la noche, metáfora de la dualidad que el hombre lleva a cuestas. La representación de la luz y la oscuridad, preguntaría, ¿es también Occidente y Oriente? Y ya en América, continúan presentes en la novela los nombres que le dan sentido a gran parte de la historia y de la ficción, como Noé, Adán, Isaac, Ismael... Lo que importa finalmente es que el *hakawati* está allí y, pese a que ha salido de su tierra, seguirá contando sus historias. Por eso, una vez concluida la novela, Alameddine explica:

Líbano es una nación de *hakawatis*, y a ninguno hace falta pedirle dos veces que te cuente una historia. En realidad, a la mayoría no hace falta ni pedirselo.

Todos estos autores han hecho más universales sus países, han difundido la densidad histórica y cultural de la región y han recuperado el esplendor de formas narrativas que en Occidente se consideran expresión de la cultura árabe, de sus naciones, sus paisajes, su gente, sus formas de pensar. Sin embargo, hay que evitar el orientalismo sobre el que tanto reflexionó Edward Said y, que como él demostró, distorsiona el sentido de una realidad (;identidad?) que se ha querido construir desde fuera, como si no fuese suficiente con ese su enorme acervo histórico-cultural.

Lo más importante es que todos ellos muestran el gran abanico cultural que incluyó y ha incluido a árabes y judíos, drusos, israelíes, húngaros, griegos, serbios, búlgaros, turcos, maronitas, checos, polacos, macedonios, croatas, armenios, georgianos, azerbaiyanos, ortodoxos, albaneses, montenegrinos, palestinos, egipcios, libaneses, uzbekos, kirguises, moldavos, rumanos, kurdos, sirios, iraquíes. El autor conoce esa diversidad y la importancia de lo religioso como de las comidas, cuando hace decir a uno de los conquistadores de su novela:

Las drusas saben a cordero medio crudo estofado con romero y guindillas, las maronitas saben a ternera marinada en aceite de oliva, las suníes a hígado de ternera al vino blanco, las chiitas a pollo con vinagre y piñones, las ortodoxas a pescado con salsa de tahini, las judías a kibbiñ horneado, las melquitas a estofado de sémola, los protestantes a caldo de pollo y las alawitas a oca con carne de buey.

En los confines de ese mundo surgieron las tres expresiones religiosas monoteístas, con sus variantes, y se siguen viviendo las diferentes formas del judaísmo, del cristianismo y las acepciones del Islam. En ese océano de identidades, las personas se vinculan en la historia de una región que, pese a todas las adversidades y los miedos que incita, se ha convertido en un referente de interés más generalizado en la actualidad gracias a esos novelistas que fortalecen una tradición de narrar, porque no hay sino verse en el otro para entenderse a sí mismo. **U**

© Carlos Martínez Assad



Las mil mezquitas de Estambul